

El conflicto



Eran las nueve de la mañana, sonó la alarma y José Manuel se despertó con un rostro seco y cansado. Si había algo en el mundo que a José Manuel le irritaba eran las alarmas; ese sonido tan molesto y pesado para los oídos le amargaba las mañanas. Apagó la alarma de un golpe y masculló en voz baja: “un día más”. Se levantó, abrió la persiana y contempló un mar de trigo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. “Castilla”, pensó, “mi querida Castilla”. Se dirigió a la cocina, preparó un café y fue a la despensa para coger unas galletas, estas no eran las típicas que te puedes encontrar en un supermercado de ciudad, como las Oreo o las Príncipe, con ese sabor que te llena el paladar de azúcar. No, éstas eran las del pueblo, su pueblo, las que le preparaba su madre las mañanas de los domingos.

Con su taza de café humeante y las galletas en el plato, se puso a leer el periódico semanal del pueblo: “Noticias de Montealtos del Duero”. Las noticias eran casi todas las mismas: “María del Carmen ha sido la ganadora del concurso de torrijas del pueblo”; “Ferreterías Manolo acaba de inaugurar su tercer taller”... pero una noticia le llenó de terror. Nunca antes, en sus 84 años de vida, había sentido lo que estaba sintiendo en aquel momento; todo lo que tenía alrededor se desvaneció, el café se enfrió de repente y las galletas se convirtieron en cartón para sus labios. Sólo pudo centrarse en esa noticia. No lo podía creer, tenía que ser un sueño... José Manuel cerró los ojos y se dijo a sí mismo: “esto no es real, José Manuel, no puede serlo. Lo voy a volver a leer y la noticia va a desaparecer”. Tan pronto como abrió los ojos, leyó de nuevo la noticia y ésta no había cambiado, era la misma, palabra por palabra: “El martes 9 de abril, comenzará la demolición de la iglesia de nuestro pueblo, Montealtos del Duero, debido a su estado de ruina”

José Manuel no lo podía creer: la iglesia a la que asistía a misa todos los domingos iba a ser demolida, ese mismo lugar donde probó por primera vez el vino siendo monaguillo, donde se casó siendo muy joven y donde años más tarde tuvo que despedir a sus padres. Lo que representaba su vida, lo más importante del pueblo para él, iba a convertirse en polvo. Tenía que hacer algo para evitarlo, claro que no le parecía nada bien, tenía la sensación de que podía evitarlo, pero tenía un enorme miedo al conflicto. Desde pequeño siempre lo había tenido. Era una persona muy pacífica y desde que la mayoría de sus amigos del pueblo se fueron a Madrid, él había vivido prácticamente

solo en el Montealtos del Duero y no estaba acostumbrado a discutir con nadie (tampoco le había hecho mucha falta).

“¡No puede ser, tengo que hacer algo para evitarlo! ¡Ah, pero no tengo edad para estas cosas! Mi espalda me falla y no tengo la cabeza para gestionar un problema así... Ahora que lo pienso, tal vez me podría ayudar Mateo a poner una denuncia. Él es de los pocos amigos que me quedan en el pueblo, y estoy seguro de que me ayudará.” José Manuel cogió su viejo sombrero marrón que tanto le caracterizaba, y se dirigió presto a la casa de Mateo. “Aquí es: calle San Vicente Ferrer 4.” Llamó al timbre, pero nadie le abrió la puerta. “Que raro, ¿dónde puede estar?” De repente, se dio cuenta de que ya eran las doce de la mañana, y de que Mateo poco antes de comer solía ir a la plaza a tomar unas cervezas y conversar con los parroquianos.

Se encaminó a la plaza del pueblo, directo al único bar de la plaza. “Bar Félix” era un local antiguo que ya había pasado por tres generaciones; sus torreznos eran famosos: según los turistas que pasaban por allí eran los mejores que habían probado en su vida. En la terraza del bar se encontró a Mateo sentado en una silla tomando una Mahou, con su sempiterno mondadientes en la boca. Mateo tenía 82 años, un poco más joven que José Manuel. Era de baja estatura, tenía el pelo blanco y siempre llevaba puesta una camisa de cuadros y su bastón marrón. Mateo era conocido por ser extremadamente amable, y era la persona de confianza de casi todo el pueblo.

—¡Pero hombre, José Manuel!, ¿Qué tal el día?

—Hola Mateo, te tengo que contar una cosa.

—¡Claro! Toma asiento, no te quedes ahí de pie. ¿Quieres una cerveza?

—No te molestes, gracias.

—Bueno, ¿qué me quieres contar?

—Quiero hablarte sobre la demolición de la iglesia, he pensado en presentar una queja, tal vez si me ayudaras, podríamos frenar el proyecto.

—No lo sé, José Manuel, ya somos muy mayores para esto, y además creo que le vendrá bien a la iglesia que sea demolida, los domingos no asisten más de tres o cuatro personas, contando con el cura. Y a veces ni eso...

—Ya, pero esa iglesia representa nuestra infancia, nuestra historia... No podemos permitir que la derriben a martillazos; si la demuelen, no me lo perdonaré en los años que me quedan de vida.

—Vale, José Manuel, me has convencido; iremos a presentar una queja al Ayuntamiento, ¿qué te parece recoger firmas para que la iglesia sea restaurada?

—Te lo agradezco mucho, Mateo, ya casi es la hora de comer, no te preocupes, que yo hago el escrito esta tarde y mañana vamos casa por casa recogiendo firmas.

—Hasta luego, José Manuel, ¿nos vemos mañana a las cuatro de la tarde?

—Claro, hasta luego.

— Adiós.

José Manuel volvió a su casa para comer, y comenzó a escribir la carta. Después de muchos bocetos, consiguió dar con la versión final. Eran las siete de la tarde cuando terminó de escribirla, y se sentía cansado. Nada más ponerse el sol se fue a dormir. Esta noche dormiría tranquilo, el simple y humilde hecho de haber luchado por lo que quería, independientemente del resultado, le llenaba de paz.

Al día siguiente José Manuel y Mateo se vieron a la hora acordada en la plaza del pueblo, y entregaron el alegato al alcalde con las firmas de todo el pueblo, todos habían apoyado la iniciativa para salvar la iglesia. No sabemos si ésta terminó siendo demolida. Lo que sí sabemos es que José Manuel luchó por lo que quería, podría haberse quedado de brazos cruzados, mirando desde la grada, pero, al final de su vida, por primera vez desde que tenía conciencia, decidió lanzarse al ruedo y afrontar cara a cara su mayor miedo, el conflicto.